



DISCÍPULOS MISIONEROS DE CRISTO, IGLESIA EN EL MUNDO

Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar

Pentecostés 2018

En la gran fiesta de Pentecostés se completa el tiempo de Pascua, cincuenta días después del domingo de Resurrección. Esta solemnidad nos hace recordar y revivir la efusión del Espíritu Santo sobre los apóstoles, reunidos en el Cenáculo con la Virgen María (cf. Hch.2, 1-11). El Señor, después de resucitar y subir al cielo, cumple su promesa enviando su Espíritu. El Espíritu Santo, irrumpiendo en la historia, derrota su aridez, abre los corazones a la esperanza, estimula y favorece la maduración interior en la relación con Dios y con el prójimo. Los apóstoles son transformados por la acción del Espíritu, volviéndolos capaces de intuir, seguir y atestiguar cuanto han visto y aprendido como discípulos junto a Jesús, e, inundados por su presencia, sienten arder en su corazón el deseo de convertirse en misioneros.

Como afirmaba el beato Pablo VI: “La Iglesia tiene necesidad de su perenne Pentecostés. Necesita fuego en el corazón, palabras en los labios, profecía en la mirada... La Iglesia, toda ella penetrada de fe, necesita experimentar la urgencia, el ardor, el celo de esta caridad; tiene necesidad de testimonio, de apostolado”. (Discurso del 29 de noviembre de 1972). Y en “Evangelii nuntiandi”, recordándonos que la Iglesia existe para evangelizar, destacaba el lugar de los seglares en esta misión, afirmando: “su vocación específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales” (EN. n.70).

En nuestros días, en los que Papa Francisco está invitando constantemente a una Iglesia en salida, se ve lógico que “tengamos un laicado en salida”. Tal y como nos piden los Obispos de la CEAS en su Mensaje para este “Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar 2018”: “Unos laicos bien formados, maduros, animados por una fe sincera y límpida, cuya existencia haya sido tocada por el encuentro personal con Cristo Jesús”.

Con demasiada frecuencia, nuestras comunidades han pecado de un excesivo clericalismo. Es importante señalar una y otra vez que esta tarea de la evangelización no corresponde solamente a los ministros ordenados o a las

personas consagradas. Corresponde a toda la Iglesia, a todo el Pueblo de Dios, iluminado y alentado por el Espíritu. Y en esta Iglesia, encarnada en el mundo y la sociedad, tienen su misión y espacio propios los laicos.

Es oportuno traer aquí las palabras de Papa Francisco en *Evangelii Gaudium*: “En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19)... si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos ‘discípulos’ y ‘misioneros’, sino que somos siempre ‘discípulos misioneros’” (n.120).

Todo esto nos implica a todos en promover e incorporar un laicado que existe en nuestras comunidades, pero que hay que concienciar y dinamizar de forma más insistente en la misión evangelizadora; un laicado que por un creciente **encuentro** con Cristo, como destacamos en nuestro Plan Diocesano de Pastoral, sea promovido e impulsado a una **misión** más intensa en el mundo, en la sociedad.

Y esta necesidad nos debe afectar a todos, y hacer que nos fijemos en buscar respuestas en la vida de nuestras comunidades a preguntas que, entre otras, nos hicimos los Obispos españoles en nuestra última Plenaria de la CEE: “¿Cómo acompañar realmente a los laicos en su misión en la Iglesia y en el mundo?”; “¿Cómo llevar adelante e impulsar la acción de los laicos en aquellas experiencias fundamentales como son la familia, la educación, el mundo del trabajo, la presencia en la vida pública?”; “¿Qué lugar ocupa el Apostolado Seglar en nuestras iglesias locales?”; “¿Cómo asumimos la presencia de la mujer en la vida de la Iglesia?”; “¿Cómo promovemos una pastoral de jóvenes que los prepare para vivir en un mundo en el que Dios ha desaparecido en el horizonte de muchos?”.

Mucho, pues, por hacer. Por dejar hacer en nosotros al Espíritu Santo, en su constante venida a nuestra Iglesia. En ella necesitamos seguir siendo despertados a la misión, todos los miembros del Pueblo de Dios; enviados a evangelizar, a ser sal y luz, cada uno desde su lugar propio, querido por Dios; enviados a este mundo tan necesitado de la nueva creación iniciada en Pentecostés.

Con mi afecto y bendición a todos

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.